

La peligrosa desintermediación política

Por Roberto Rubio-Fabián

En un breve pero sustantivo artículo aparecido en el periódico español El País (24/5/2019), escrito por Ricardo de Querol, y titulado "El líder y yo (y nadie en medio)", me llamó la atención el término desintermediación, y su referencia al concepto de democracia desintermediada.

En la era digital de hoy en día, vivimos procesos de desintermediación comercial. Los viajeros buscan menos la intermediación de las agencias de viaje y compran directamente en línea sus billetes y reservas de hotel; la gente asiste menos al cine y se queda en casa viendo películas producidas por Netflix; se visita cada vez menos las tiendas y agencias bancarias, y se usan más las compras y pagos en internet.

En el artículo en mención, el autor traslada el concepto de desintermediación hacia el campo de la política, donde los partidos e instituciones disminuyen su rol de intermediación con el ciudadano. Aparece así una especie de "Cesarismo" (buen referente histórico es el período del emperador Cómodo y la anulación del contrapeso del Senado Romano). Vale la pena traer a cuenta algunas reflexiones de dicho autor para entender mejor lo que está pasando ahora en muchos países.

"¿Podemos tener una democracia desintermediada?
¿Una en la que el líder dice que solo responde ante el pueblo, sin estructuras intermedias como son los aparatos de los partidos? ¿En la que el líder se comunica con su gente directamente, evitando al periodismo profesional? Lo digital (aunque no solo eso) ha debilitado

LPG



los establishment político y mediático... antes los partidos controlaban las candidaturas y la información fluía por un puñado de medios. Ambas estructuras tendían a la moderación: competían por seducir al ciudadano medio.

Hoy estamos fragmentados y polarizados. Emerge un nuevo cesarismo. Dirigentes estridentes se hacen con el control de partidos viejos, forzados a seguir sus ocurrencias, o crean partidos más personalistas que los de antes. Como son elegidos en primarias, no creen deber nada a nadie en su partido, ni se sienten obligados a integrar a sus corrientes. Como desprecian a los medios, no se someten a ruedas de prensa ni a entrevistas incómodas, sino que se comunican en Twitter o hacen correr sus mensajes (cuando no bulos)...

En las redes manda el mensaje simple (y unidireccional, por cierto). La política compite ahí con el entretenimiento, y se mimetiza con éste. En una democracia desintermediada, en una sociedad hiperdigitalizada, en la política espectáculo, ¿somos ciudadanos o somos audiencia? ¿Electores o followers? ¿Vale un voto lo que un me gusta? ¿Un meme lo que un programa político? Hay más voces, pero ¿hay más diálogo?"

La salida a nuestras atrofiadas democracias no es anular el sistema de partidos y debilitar instituciones –que por cierto poco han hecho por el ciudadano–, y buscarla en los emperadores del espectáculo y de los fuegos artificiales. La salida es renovar el sistema de partidos y fortalecer las instituciones, con frescos, calificados y honestos liderazgos. En nuestro país, gran parte de la salida pasa porque nuestro sistema de partidos se resetee, y que, entre otras cosas, ARENA y FMLN dejen de ser los mismos de siempre, depuren sus turbias y clientelares prácticas legislativas, purguen/sancionen sus corruptos, se limpien de incapaces e ineptos, y no se revuelquen en el pasado conservador, sino que caminen con paso firme y moderno hacia el futuro.